

---

---

LIBRO SEGUNDO.  
LA DOCTRINA EVANGÉLICA.

---

CAPÍTULO I.

JESUCRISTO.

---

I.

No escribimos una obra de teología; podríamos, pues, dispensarnos de hablar de la persona de Cristo, y concretarnos á su doctrina, tal como sus discípulos la han comprendido y predicado. Pero el cristianismo está tan íntimamente ligado á su fundador, que es casi imposible el separarlos. Para los creyentes, toda la religion consiste en confesar y en seguir á Jesucristo; hacen su alimento moral más bien con su persona que con su doctrina. Porque para ellos Cristo es el Hijo de Dios, el Hombre-Dios, el Salvador de la humanidad caída, el Mediador entre el cielo y la tierra. Los librepensadores rechazan este elemento sobrenatural; pero aún rechazándole, deben confesar que desempeña un papel considerable en el establecimiento de la religion cristiana. No creyendo en una revelacion milagrosa, es menester que expliquen cómo ha podido fundarse una religion poderosa sobre una idea que tratan de supersticiosa.

A dar crédito á los escritores cristianos, todo sería sobrena-

tural y divino en el fundador de su religion. No advierten que, cuantos más milágnos acumulan, más se les han de pedir las pruebas ciertas é incontestables. Ahora bien, las que invocan son tan poco evidentes, que desde hace cerca de dos mil años son el objeto de discusiones sin fin. No tenemos ni una sola palabra escrita por Jesucristo; no tenemos más que narraciones compuestas por no se sabe quién, no se sabe cuándo; narraciones que se contradicen á cada paso. Semejantes testimonios serian rechazados, aún cuando se tratase de probar un simple hecho histórico, y se quiere que basten para probar el más imposible de los milágnos: Dios que se hace hombre! ¿Pero el dogma de la encarnacion, de la divinidad de Cristo, está siquiera claramente formulado en los Evangelios? Hay para esta cuestion capital una respuesta muy sencilla que el buen sentido ha dado hace siglos. Si Dios se hubiese realmente encarnado en un sér humano, si esta criatura se hubiese proclamado idéntica con el Criador, si este Hombre-Dios hubiese atestiguado por sus hechos que tenía el poder que no pertenece más que al Todopoderoso, ¿no se habria prosternado la humanidad ante sus piés? ¿Quién, pues, se atreveria á negar á Dios, si Dios se mostrase en él? Sin embargo, aún aquéllos delante de los cuales se pretende que Jesucristo se ha llamado Dios y ha verificado actos sobrenaturales, han renegado de él! Y ha continuado una protesta no interrumpida en el seno de la humanidad contra la divinidad de Cristo. Es decir, que las pruebas que se han alegado están léjos de tener la claridad que se supone. Sin embargo, ¿no tienen razon los doctores al decir que cuanto más exceda la encarnacion de los límites de nuestra razon, tanto más claramente hubiera debido mostrar Dios, si realmente se hubiera encarnado, que él era el Hombre-Dios? ¡Cómo! La persona de Cristo, segun los cristianos, es la esencia del cristianismo, y Jesucristo no dice una palabra sobre su naturaleza divina? Se confesará al ménos que es un modo singular de predicar una religion nueva el guardar silencio sobre el punto esencial de esta religion.

Sabemos bien que los creyentes dicen que Jesucristo se ha revelado como Hijo de Dios. Si es así, ¿cómo es que los cristianos sinceros niegan esta revelacion? ¿Tienen los unitarios distintos



ojos, distinta inteligencia que los ortodoxos? Si éstos ven lo que los otros no ven, ¿no será porque creen ántes de ver? ¿Y no es su fe de tal naturaleza que les impida el ver? No se trata ya de fe, sino de un hecho histórico. No conocemos nada de Jesucristo más que por las narraciones de los evangelistas. ¿Cuál es, pues, la idea que dan de la persona de Cristo? No hay más que un solo Evangelio, el de San Juan, que hable de la encarnación del Verbo; ni la palabra ni la idea se encuentran en los demás. Los teólogos modernos, áun aquellos que admiten una naturaleza sobrenatural de Cristo, están conformes en que el Evangelio que lleva el nombre de San Juan no es obra del Apóstol; todos reconocen en él la influencia de la filosofía alejandrina (1). Poco importa después de esto quién sea su autor, dónde y cuándo haya sido escrito; este testimonio debe ser descartado cuando se trata de averiguar lo que pensaban de su maestro los discípulos de Cristo. Los demás evangelistas designan á Jesucristo bajo el nombre del *Hijo del Hombre*, calificación que, según los intérpretes, es sinónima de *Mesías*. Sabido es en efecto que los apóstoles creyeron ver el Mesías en Cristo, y que esta creencia resume poco más ó menos su fe. A veces los discípulos ó el pueblo judío llaman á Jesucristo *Hijo de Dios*: él jamás emplea esta designación; no puede verse en ella más que un equivalente del título de Mesías (2). Sobre este punto no hay duda alguna; pero el disentiimiento empieza cuando se trata de apreciar la idea que Cristo mismo tenía de su persona y de su misión. La cuestión es insoluble. Podemos saber bien lo que los evangelistas pensaban de Cristo, pero nos es imposible saber si su pensamiento era también el de su maestro. En vano acudiríamos á los discursos de Jesús; sus discípulos, por mejor decir, los evangelistas, son los que los refieren; no nos dan á conocer más que lo que la tradición contaba de la predicación de Cristo; pero de esta tradición á la realidad hay gran diferencia. Importa poco, pues, que en los Evangelios parezca atribuirse á Jesucristo los poderes que están por cima de la naturaleza humana; ignoramos si es él el que

(1) BAUR, *Das Christenthum*.—REUSS, *Historia de la teología cristiana*.

(2) REUSS, *ib.*, t. I, 229 y sig.

habla, ó si son las preocupaciones de sus contemporáneos. El mesianismo del *Hijo del Hombre*, que era el único artículo de fe de sus discípulos, entrañaba la creencia en una misión divina, partiendo de un poder extraordinario. Pero de aquí á la divinidad hay todavía un abismo. Lo mismo sucede con el nacimiento sobrenatural de Jesús y con su resurrección. Estos hechos, áun cuando fuesen auténticos, no atestiguarían más que la omnipotencia de Dios; no por eso dejaría Cristo de ser una criatura. Podemos, pues, concluir, con un ilustre crítico, que en los Evangelios llamados sinópticos, Jesucristo no se eleva por cima de la naturaleza humana (1); es el Mesías, no es el Verbo de Dios que se ha hecho carne.

Cuando se examinan las narraciones evangélicas sin preocupación, no es la revelación milagrosa del cristianismo lo que allí resalta, sino su origen humano, mezclado de preocupaciones y de errores, como todo lo que se refiere á los hombres. Abundan las pruebas de lo que decimos, y podemos escogerlas á nuestro gusto. ¿Por qué Jesucristo predica la *buena nueva* á los judíos, que la rechazan, en vez de anunciarla á los gentiles, que la reciben con satisfacción? Suponiendo que sea Dios, éste es un nuevo misterio. Si, por el contrario, es un hombre, nada más natural. Solamente los judíos, entre todos los pueblos antiguos, tenían vueltos los ojos hácia el porvenir. En el gentilismo reinaba una creencia desconsoladora, la de la eternidad del mal; creía en una perfección, en una felicidad primitivas; pero aquella edad de oro había dejado el paso á una edad de hierro, y no había esperanza alguna de verla renacer. Los filósofos enseñaban, es cierto, que el mundo parecía para renovarse, pero no unían ninguna idea de progreso ni áun de cambio á esta palingenesis; la creación nueva entraba idénticamente en el carril de la que quedaba destruída; los individuos y las naciones volvían á empezar absolutamente la misma carrera señalada por las mismas faltas y las mismas desgracias. Es evidente que si Jesucristo hubiera empezado por anunciar el advenimiento próximo del reino de Dios á los gentiles, hubiera predicado en el desierto, porque nadie le hubiera

(1) BAUR, *Das Christenthum*, p. 283.



comprendido. Otra cosa eran los Judíos. Esperaban el *Mesías*: unos esperaban que sería un descendiente de David, llamado á extender la dominacion del pueblo de Dios sobre toda la tierra; otros se representaban el reino del Mesías bajo colores más ó ménos espirituales. Estas esperanzas eran generales en tiempos de la venida de Cristo. Cuando Juan Bautista predicó la penitencia y el bautismo, toda la Judea se conmovió y creyó ver en él el Mesías, ó al ménos su precursor. Gracias á esta creencia, Jesus halló discípulos; los apóstoles le siguieron, porque le tomaron por el Mesías; él mismo, á juzgar por los Evangelistas, estaba convencido de su mision mesiánica. Segun esto, se concibe que Jesucristo no haya pensado en predicar la *buena nueva* á los gentiles; el Mesías no podía dirigirse más que á los Judíos. Sus discípulos permanecieron largo tiempo en este orden de ideas; aún puede afirmarse que lo estuvieron siempre. Fué menester un nuevo apóstol, y, por decirlo así, una nueva revelacion para transformar el Mesías y para fundar el cristianismo.

¿Cómo tuvo lugar esta trasformacion? Cristo no podía seguir siendo el Mesías, una vez que San Pablo lo anunció á los paganos. En efecto, las promesas mesiánicas no se dirigian más que á los Judíos, al pueblo elegido; si el gran apóstol hubiese predicado el reino del Mesías al gentilismo, los Griegos y los Romanos hubieran debido empezar por hacerse Judíos, á fin de tener parte en las promesas. Así es como lo entendian los primeros discípulos de Jesucristo; pero el Evangelio así entendido hubiera sido tan impotente como la ley de Moises. El Evangelio, para convertir á los gentiles, debía tomar un carácter de universalidad, y librarse, por consiguiente, de todo lazo con la nacionalidad judía. Cambiando la predicacion evangélica, era preciso que el Mesías cambiase tambien; no podía ser ya el descendiente de David; debía tomar un carácter tan universal como su mision misma. ¿Qué predicó San Pablo á los gentiles? Que Cristo habia venido para salvarlos y para abrirles el reino de los cielos. Así se convierte el Mesías en el Salvador, el Mediador. No es todavía el Verbo de Dios que se ha hecho carne, pero está ya investido de todos los atributos de la divinidad. La influencia de las especulaciones filosóficas de la Grecia completará la trasformacion: el Mesías llega-

rá á ser el Verbo de Dios. Esta concepcion, que tanto extraña á nuestro racionalismo, era una necesidad, como ya lo hemos dicho. Sin embargo, el decir como los ortodoxos que la divinidad de Cristo, tal como la formuló el Concilio de Nicea, fué la fe de la cristiandad primitiva, sería alterar los hechos. Fueron precisos, por el contrario, largos combates teológicos para hacer que la conciencia general aceptase este dogma. Aun hubo protestas tanto tiempo como hubo libre pensamiento. La protesta de la razon acabó por triunfar sobre una creencia que la razon no puede admirar. Si la humanidad en su infancia necesitaba un Dios hecho hombre, hoy le basta con la fe en el Dios uno, Creador del mundo. No siente ya la necesidad de un Mediador, puesto que se relaciona directamente con su autor; adora á un Salvador más poderoso que Cristo, puesto que el Hombre-Dios de los cristianos no salva de la muerte eterna más que á los que creen en él, y abandona á Satanás á todos los que le desconocen, al paso que el Dios-Salvador procura la salvacion á todas las criaturas, aún á aquellas que en su ignorancia ó en su ceguedad empezasen por desconocerle. Dios ha reemplazado á Cristo. Es verdad que para los cristianos ortodoxos, Jesucristo se confunde con Dios. Pero esta confusion de lo finito y de lo infinito, imposible bajo el punto de vista racional, conduce de hecho á errores y á supersticiones que el espíritu de dominacion no deja de explotar. La filosofia tiene, pues, razon en rechazarla; y la religion, léjos de perecer ó de debilitarse, si rechaza la herencia de las creencias supersticiosas que la alteran, cobrará fuerzas nuevas, como una planta generosa, á la que se desembarazase de las malas yerbas que impiden su crecimiento y su desarrollo.

## II.

El Evangelio es la *buena nueva*. ¿Qué era esta nueva que los apóstoles anunciaron al mundo? Los escritores cristianos dicen «que Jesucristo no predicó una religion que pudiese reasumirse en artículos de fe; que su objeto no era instituir una doctrina nueva en lugar de una doctrina antigua, sino más bien inspirar una



vida nueva; que la esencia del Evangelio no es una fórmula, un principio, una idea, sino la persona de Cristo, persona viva, de la que cada cual debe sentir en sí mismo la acción regeneradora» (1). Hay en esta manera de ver un sistema preconcebido y hasta táctica. Se quiere elevar á todo trance al fundador del cristianismo por encima de la humanidad. Ahora bien; si se admite que Cristo ha predicado una doctrina, se puede elogiarla como más perfecta que las que le han precedido; pero el cristianismo así concebido no tiene nada que le distinga esencialmente de las demás religiones, cuyo origen es puramente humano. Si, por el contrario, todo el cristianismo se resume en la persona de Jesucristo, tiene algo más que humano; Cristo y su religión salen de las condiciones generales de la humanidad; lo divino resplandece, y la razón, en lugar de explicarlo, debe humillarse y adorarlo.

Cristo es un sér fantástico, puesto que la obra que se le atribuye es una obra imposible. No hay religión alguna que se funde sin doctrina. El cristianismo no puede librarse de esta ley que se deriva de la naturaleza de las cosas. En efecto, toda religión encierra un concepto de la vida, una explicación del destino del hombre y de sus relaciones con Dios. Aquellos que dicen que Jesucristo no tenía doctrina, no notan que, á fuerza de querer ensalzar á su Maestro, le rebajan. En efecto, esto es decir que no ha querido fundar una religión. ¿Qué vino, pues, á hacer? ¿Ignoraba que era el revelador de una religión poderosa, tanto por el pensamiento como por la fe? Si lo ignoraba, no tenía conciencia de su misión; en ese caso, ¿con qué derecho se le iguala á Dios? Nosotros ponemos á Cristo más elevado de lo que lo hacen sus imprudentes adoradores; no hacemos de él un doctor, ni un filósofo; no pretendemos que toda la teología católica ó protestante esté en el Evangelio; pero, puesto que él ha predicado, ha debido predicar alguna cosa; si no ha hecho una confesión de fe, el principio, el gérmen de la confesión cristiana debe hallarse en sus palabras. Abramamos el Evangelio; Jesucristo nos dirá en qué consiste la buena nueva que ha venido á anunciar al mundo.

Jesucristo dice que no ha venido á abolir la ley y los profetas,

(1) REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 152-155.

tas, sino á darles cumplimiento. Los intérpretes cristianos no han comprendido la profundidad de estas palabras. Mateo y Lucas hacen decir á Cristo que ni un artículo de la ley será derogado (1). Tal es también la convicción de los primeros fieles; creyeron que nada se había cambiado del mosaísmo; continuaron practicándole en todo su rigor, como lo había hecho su Maestro. Pero bien pronto el Evangelio tuvo un desarrollo admirable, al mismo tiempo que encontró los enemigos más encarnizados en los sectarios de Moisés. Entonces se dió otro sentido á las palabras de Jesucristo. Se supuso que la primera revelación contenía implícitamente la nueva, del mismo modo que la figura representa la cosa. Cristo cumplió la ley en el sentido de que sustituyó la realidad en el lugar de la imagen, ó, como dicen los escritores modernos, reemplazó los mandamientos exteriores por una religión interior, las prescripciones legales por la purificación del alma (2). Según esto, el Evangelio y la ley son idénticos; el cristianismo no es más que el mosaísmo espiritualizado. No creemos que éste sea el pensamiento de Jesucristo, porque no es así como se realiza el progreso religioso. Si toda religión procede del pasado, toda religión debe encerrar también un principio nuevo. La verdad no se manifiesta á los hombres más que por esfuerzos continuos; lo que constituye la esencia de las religiones es que revelan un nuevo rayo de la verdad eterna. ¿Qué ha querido decir, pues, Jesucristo? Traducidas sus palabras al lenguaje moderno, significan que no cree romper con el pasado, pero que tampoco cree continuarlo, inmovilizándolo; Cristo, aún procediendo de Moisés, abre una nueva era á la humanidad.

La interpretación que damos á las palabras de Jesucristo no es una explicación imaginada *à posteriori*, bajo la inspiración de una doctrina filosófica; resulta de toda la enseñanza evangélica. ¿Qué es la buena nueva, sino la ley de salvación? ¿Qué es preciso hacer para salvarse, para entrar en el reino de Dios? Esta era la pregunta que los judíos dirigían á Cristo. ¿Y qué les respondió?

(1) MATEO, v, 18.—LUCAS, xvi, 17.

(2) BAUR, *Das Christenthum*, p. 28.—REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 166.



«Si queréis entrar en la vida, guardad los mandamientos.» Si se hubiese limitado á esta respuesta, se le hubiera podido preguntar á qué había venido. Las almas religiosas sentían un vacío, áun cumpliendo las prescripciones de la ley. Tal era el jóven que dijo á Jesus: «Yo he guardado todos los mandamientos de la ley desde mi juventud; ¿qué me falta aún?» Jesus le dijo: «Si quieres ser perfecto, véte, vende lo que tienes y repártelo á los pobres; despues vén y sígueme» (1). Hay, pues, en la perfeccion del Evangelio algo más que en la de la ley; hay un ideal superior y más difícil de llenar, porque el jóven del Evangelio, que había observado todos los mandamientos de Moises, no se sintió con fuerzas para renunciar á sus bienes, como Jesucristo se lo pedía. Hé aquí el pensamiento de Jesus, bien explicado: él acepta la ley antigua, quiere que sea observada, pero no basta; añade una ley nueva. ¿Y cuál es esta ley? La de la renuncia, de la abnegacion de todo interes personal. ¿No es esto, en otros términos, la caridad?

Preguntan los fariseos á Jesus cuál es el mayor de los mandamientos, y responde: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, y con todo tu corazon, y con toda tu fuerza. Este es el primer mandamiento. El segundo es semejante ó éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Ningun mandamiento es mayor que éste» (2). La predicacion de Cristo, su vida entera, se reasume en la caridad: «Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesus que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, que estaban en este mundo, los amó hasta el fin.» Dijoles: «Hijos míos, áun estoy con vosotros un poco. Vosotros me buscaréis, y donde yo voy, vosotros no podeis venir. Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos á otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos á otros.» En aquellos últimos momentos Jesucristo repite sin cesar á sus discípulos que se amen unos á otros. Su muerte es el mayor acto de amor que haya practicado un mortal: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (3).

¿Por qué es la caridad el mayor de los mandamientos? Porque

(1) MATEO, XIX, 16-21.

(2) MARCOS, XII, 30, 31.—MATEO, XXII, 37, 40.

(3) JUAN, XIII, 33-35; XV, 12-17.

el cristianismo debía traer un remedio al vicio que corroía á la sociedad antigua, y este vicio era la falta de caridad, el orgullo filosófico. De aquí el espíritu de division, de aristocracia, de dominacion que caracteriza á la antigüedad y que la condujo á su ruina. El espíritu contrario, la humildad, la unidad, la solidaridad, domina en la predicacion evangélica y constituye la superioridad de la religion cristiana sobre el gentilismo y el mosaismo. Los filósofos enseñaban la unidad de Dios, la igualdad y la fraternidad de los hombres; eran los elementos de una renovacion religiosa. Pero las enseñanzas de los filósofos habían quedado en el estado de doctrina; porque en su orgullo intelectual estaban satisfechos de su ciencia y no pensaban en las clases inferiores más que para desdeñarlas, abandonándolas para siempre á la supersticion. Carecía la filosofía del divino fuego del amor. Dios suscitó en Jesus el tipo de caridad más perfecto que ha aparecido sobre la tierra: una efusion de amor ha renovado al mundo. El órden antiguo ha sido derribado; bajo la inspiracion de la caridad, las clases desamparadas han vuelto á levantarse; participan de la igualdad espiritual, esperando que la igualdad civil y política se asiente, como una consecuencia de la primera.

Por la caridad también es el Evangelio superior al mosaismo. Es verdad que el amor al prójimo se encuentra entre los mandamientos de Moises. Pero ¿cómo practicaban los judíos semejante precepto? ¿Qué entendían por su prójimo? La caridad es una ley universal por esencia; pues bien, los judíos amaban tan poco á los gentiles, que se decía que odiaban al género humano. Esto sólo prueba que no tenía para ellos la caridad el sentido que tenía en los labios de Jesucristo. Aun cuando Cristo enseñó la sociedad como ley suprema, sus discípulos, imbuidos en el estrecho espíritu del judaísmo, no le comprendieron. Creyeron que la buena nueva no se dirigía más que á los judíos. Jesus, dice San Mateo, envió á los doce apóstoles, dándoles este mandato: «No vayais hácia los gentiles, ni entreis en las ciudades de los Samaritanos, sino más bien dirigios á la ovejas extraviadas de la casa de Israel» (1). No podemos creer que Jesucristo

(1) MATEO, X, 5-6.



haya pronunciado semejantes palabras, porque están en contradicción con toda su enseñanza. El verdadero pensamiento de Cristo no puede ser dudoso. Dice á sus discípulos: «*Y yo os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Este Evangelio será predicado á todo el mundo, á fin de que sirva de testimonio á todas las naciones. Id, pues, y enseñad á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (1).

«El mundo, dice *Bossuet*, no habia visto jamas nada parecido, y sus apóstoles se admiraron de ello» (2). Esto es más cierto de lo que *Bossuet* creía. No se trató solamente de predicar la ley de salvación á todas las naciones; en rigor los sectarios de Moises hubieran podido hacer otro tanto, y más de un doctor de la ley lo ha ensayado. ¿Por qué no tuvo éxito su proselitismo? Porque el particularismo judaico viciaba la religion en su esencia. Lo mismo los judíos que los gentiles no tenían el sentimiento de la verdadera religion. Para los Griegos y los Romanos la religion era un elemento del Estado, el ciudadano se confundía con el creyente. Esta confusion existía igualmente entre los judíos, y bajo ciertos aspectos era todavía más absoluta, puesto que el moisaísmo era una especie de teocracia. De aquí resultaba que el hombre no estaba en relacion directa con Dios: era más bien la nacion que el individuo la que se hallaba ligada por un contrato con Jehová, y los individuos solamente se aprovechaban de las promesas de la alianza, como miembros de la nacion. Así la antigüedad entera desconocía el principio de la individualidad, lo mismo en el orden religioso que en el político. Jesucristo fué el primero que se opuso á esta falsa concepcion. No se dirige al judío como tal, sino al hombre, y ¿qué predica á los que acuden á su voz? «El reino de Dios está próximo. Enmendaos y creed en el Evangelio» (3). La enmienda es una obra puramente individual, y la fe es una gracia que Dios concede al individuo, sin tener en cuenta

(1) MATEO, VIII, 11; XXIV, 14; XXVIII, 19. — MARCOS, XVI, 15. — LUCAS, X, 47.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*.

(3) MATEO, IV, 17.

su origen ni su nacionalidad. Hubo judíos que entendieron que la predicación de Jesús atacaba al poder de César; sabido es que á sus insidiosas palabras Cristo respondió: «*Dad á Dios lo que es de Dios, y á César lo que es de César.*» En estas célebres palabras hay toda una revolucion. Dudamos mucho que los Judíos y los Romanos las hubiesen comprendido; no sabemos ni aún si el que las pronunció les daba el sentido que hoy les atribuimos. Solamente una cosa hay de cierto, y es que la religion ha cambiado de naturaleza: ya no es por el intermedio de la ciudad ó de una ley como se une el hombre á Dios, sino por su fe, y la fe es una relacion libre entre la criatura y el creador. Si dudamos de que Cristo haya comprendido sus palabras en este sentido, es porque se han necesitado siglos para que la humanidad las entendiese así; se han necesitado influencias políticas y filosóficas que le son hostiles. El catolicismo emancipó á los fieles del Estado, pero fué para someterlos á la Iglesia, y bajo muchos puntos de vista la Iglesia se mostró más absorbente, más exclusiva, más tiránica que el Estado. En el siglo XVI la Reforma sacudió las cadenas de la Iglesia. ¿Era una inspiración cristiana, ó era más bien una inspiración del individualismo germánico? La libertad cristiana, reivindicada por los reformadores, fué todavía una libertad incompleta; el creyente, libre del yugo de la Iglesia, cayó bajo el de la Sagrada Escritura. Fué preciso que la filosofía rompiese estos últimos hierros, y proclamase que el hombre está en relacion directa con Dios, que no necesita ni del intermedio del Estado, ni de la mediación de la Iglesia, ni de la fe en una revelación escrita. Hé aquí la última expresión de la gran verdad cuyo primer germen ha sido arrojado en la conciencia humana por Jesucristo. En este sentido, es cierto que la verdadera religion data de Cristo, y que el Hijo del Hombre es el alma más religiosa que ha aparecido jamas sobre la tierra.

### III.

¿Es esto decir que el cristianismo sea la última palabra de Dios, y que la humanidad no tiene ya más que desarrollar los